

12

UNA BODA
EN
EL ALBAICÍN

(ESBOZO DE COSTUMBRES GRANADINAS)

POR

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



GRANADA.

Imprenta á cargo de J. García Garrido.

1889.

McGill University	
CANADA	
Library	B
Number	11
Number	260112

R-25.535

UNA BODA

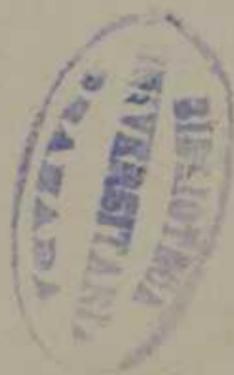
EN

EL ALBAICÍN

(ESBOZO DE COSTUMBRES GRANADINAS)

POR

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



GRANADA.

Imprenta á cargo de J. García Garrido.

1889.

J. R. Aguilera - 30 SETL 92

16478112

EVA BODA

EL ALBAICIN

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

30 11 11

UNA BODA EN EL ALBAICÍN

Á SINESIO DELGADO

dedica este ligero esbozo su amigo

El Autor.

UNA BODA EN EL ALBAICÍN.

ANTAÑO.

I.

Quince años van transcurridos desde que nació Pascuala, y aún siendo de edad tan corta quiere su padre casarla; que él es viejo, está achacoso, su mujer ya peina canas, y va siendo conveniente dar marido á la muchacha, que á los tres sirva de apoyo y el mando lleve en la casa;

porque un día ú otro puede
suceder una desgracia,
y quedar la niña sola,
con pocos años, muy guapa,
y es cebo de pecadores
la carnecita apretada.

En consejo de parientes
un lunes por la mañana,
la cuestión, que es peliaguda,
se discute y aquilata;

y hay tal bulla de opiniones,
naturalmente, contrarias,
que lo que empezó consejo
se convierte en algarada,
y está á punto de acabarse
como el Rosario del Alba.

Opina Paco *Sentencias*,
y con él Julián *Baldragas*,
y Juan Ruiz, y Pedro Fuentes,
y el tejedor Luis *Camándulas*,
que sin pérdida de tiempo

matrimonio Pascuala,
 acatando así las leyes
 que en esto, y en todo, sábia

dictó la Iglesia Católica,
 Apostólica, Romana;

y que pues tarde ó temprano
 se ha de casar la muchacha,

más vale que sea hoy
 que no que sea mañana.

Entre tanto, el sexo débil,
 representado por Paca

Garrido y la *Petrimetra*,
 dos arpías con enaguas

que permanecen solteras
 no sé por qué circunstancia,

con un acaloramiento
 digno de más bella causa,

truenan contra el matrimonio
 y hasta se valen de mañas

para condenar á eterno
 celibato á la muchacha.

Arguye la pobre madre,
 llenos los ojos de lágrimas,
 que es jóven para *esos trotes*
 la niña de sus entrañas;
 redarguye el padre, y, claro,
 como el hombre es el que manda,
 queda por fin decidida
 la boda de la Pascuala,
 —que escucha tras de la puerta,
 por descuido mal cerrada,
 con humedad en los ojos
 y la alegría en el alma.—

¡Pascualilla!... A su recuerdo
 se regocija Granada,
 y áun parece que se escuchan,
 al gemir de la guitarra,
 los bien sentidos cantares
 en que lucía su gracia:
 ninguna moza como ella
 para alegrar una zambra,
 dando á los hombres *achares*

y celos á las muchachas
 con sus negrísimos ojos,
 sus manecitas tan blancas,

y la infantil alegría
 de sus frescas risotadas.
 Así es que no había entonces
 feria, bateo ni gala

donde á contento de todos
 no anduviera la rapaza,
 siendo el alma de las fiestas
 y de los mozos el alma.

En uno de estos bateos
 que dejó memoria grata,
 por danzar en el asunto
 cierta marquesa muy maja,

y la más rica y rumbosa
 de la andaluza comarca,
 un tejedor de lo fino
 llamado Paco Maltrana,

que, siendo honrados sus padres,
 era él honra de su casa,

con más fuego que destreza
soltó el pavo á la zagala,
que temblorosa y confusa,
como nueva en tales danzas,
mucho más que con los labios
respondió con las miradas;
y como quiera que el chico
ya de tiempo la rondaba,
y á la chica iba gustando
del mozo la buena estampa,
tras de dimes y diretes
y resistencia no larga,
cambiaron de corazones,
acortaron las distancias,
y desde entonces formaron
dos cuerpos y solo un alma.

II.

La noche misma del lunes
 en que decidió el consejo
 que tome la niña estado
 para cumplir el precepto
 que lleva el número siete
 de los Santos Sacramentos;
 sentada tras de una reja
 que perfuman los dompedros,
 con la mano en la mejilla
 y en los ojos todo el fuego
 que presta á las andaluzas
 un sol que abrasa en Enero,
 la encantadora Pascuala
 sonríe y solloza á un tiempo

al meditar sobre un caso
que la pone en grave aprieto.

Y es que, aún cuando no la pesa
probar un estado nuevo,
solo al pensar con despacio
la seriedad del suceso,
cual si estuviera azogada
le retiembla todo el cuerpo.

De su niñez candorosa
los evocados recuerdos
cruzan su mente veloces
como delirios de un sueño:

niñez que corrió tranquila,
sin sobresaltos, sin duelos,
dejando en su alma inocente
mil purísimos reflejos.

De su cariñosa madre
los apasionados besos
aún cree sentir en su boca
con impalpable aleteo;

y es tan acabado el cuadro

que le finge su cerebro,
 que al comparar sus bellezas
 con el profundo misterio
 que encierra el oscuro libro
 del mañana, siempre incierto,
 raudales de amargas perlas
 brotan de sus ojos negros
 ahuyentando la alegría
 de aquel semblante tan bello.

Un prolongado silbido
 suena de pronto á lo lejos,
 que hace volver á la niña
 de sus tristes pensamientos,
 y al poco rato aparece,
 de la calle en un extremo,
 el que pronto ha de llamarse
 de sus encantos el dueño.

—¡Pascualilla!

—¡Paco mio!

—Dios te bendiga, salero.

¡Cómo! ¡llorando?

—Llorando.

—Pues ¿qué ocurre? ¿qué hay de nuevo?

—Que nos casan.

—¡Que nos casan!

¿y lloras quizá por ello?

¿Te pesa?

—No, no me pesa,

Paco; sabes que te quiero,

y, cual si á la gloria fuese,

contigo iría al infierno.

Lloro... no sé por qué lloro;

ya estás aquí y nada temo.

—Pero...

—Nada; no preguntes

más, porque no te contesto...

—Y ¿se puede saber cuándo

será la boda?

—En Febrero.

—Tarde me parece.

—Calma,

que tal vez te pese luego.

—¿Ya empezamos?... Pascualilla,
por el Dios que me está oyendo,
que si me quieres de veras
no abrigues el más ligero
temor de mí.

—No te enfades,
Paquillo; pero es lo cierto
que al mirar ya más cercano
para nuestra boda el término,
me asaltan unos temores...
En fin, no se hable más de ello.

—¡Siempre con las mismas dudas
ó incertidumbres á pleito!...
Si sabes que desde el día
que me dijiste «te quiero»
vivo estudiando en tus ojos
tus ocultos pensamientos
para complacerte al punto
mostrándote así mi afecto;
si sabes que hasta mi madre
dice que no la venero

porque la robo el cariño
 que por el tuyo te ofrezco,
 ¿por qué dudas? ¿qué más quieres?
 Habla, por Dios.

—¡Qué tormento!...
 ¿No te digo que no es nada?...

Ha sido solo un acceso
 de locura, que esta tarde
 me hizo sufrir un infierno;
 mas ya pasó: no te acuerdes,
 que yo tampoco me acuerdo.

—¿Es decir, que se alejaron
 los tristes presentimientos?
 —Para siempre.

—Pues bendita
 sea esa boca de cielo,
 y así se pasen mil años
 antes que nos olvidemos.
 Y adios.

—¿Tan pronto?
 —A dar voy

á mi madre este contento.

¡Pobrecilla! la alegría
va á matarla antes de tiempo...

¿La querrás también?

—¡Gitano!

—Dame un beso.

—Toma ciento.

Después se escuchó el ruido
de unos pasos á lo lejos,
y en la oscura callejuela
volvió á reinar el silencio.

III.

En la noche de un domingo
próximo á Carnestolendas,
noche de luna, tan clara
que un mediodía semeja,

con grande algazara y bulla
se encamina hácia la iglesia
la boda, y la sigue un ciento
de mozuelos y mozuelas
entre parientes y amigos
de la dichosa pareja.

Va la hermosa Pascualilla
muy adornada y compuesta
con su mantilla de casco,
rico guardapiés de seda

y un aderezo muy lindo
con esmeraldas y perlas
que en arras la dió su novio
con otras muchas finezas.

Del primoroso corpiño
que el naciente seno aprieta,
formando bellas labores
tantos alamares cuelgan,

que bajo los mil adornos
desaparece la tela.

Dos zapatos pintureros
del tinte de las cerezas,

con tacón de medio palmo
y ajustadores de seda,
rematan el atavío
de la graciosa doncella,

que va enamorando á todos
por lo maja y lo discreta.

Y al ver pasar el cortejo
tan alegre hácia la iglesia,
no falta entre los curiosos

que se asoman á las puertas
quien, por la niña, no exclame:
—¡Qué hermosa es! ¡Bendita sea!—
ni hay tampoco maldicientes
que con viperina lengua
viendo á los novios no gruñan:
—¡Dios os la depare buena!—

De las calles que recorre
fija la vista en las piedras,
va Pascuala muy humilde,
turbada, si bien risueña,
dando el brazo á la madrina,
mujer de edad ya proveccta,
que en trance tan apretado
la reanima y aconseja,
y entre bostezo y suspiro
mejores tiempos recuerda.

Retratada en el semblante
la dicha que le enagena,
va el novio detrás, y á corta
distancia de su pareja.

vistiendo su airoso cuerpo
con la ropita de fiesta.

Calzón de pana, ajustado,
ciñe la robusta pierna,

bien sujeto á la rodilla
con bello cordón de seda;

chaqueta de faldellines,
buen zapato, blanca media,

sombrero de *medio-queso*,
chupín y faja torera,

y va con tales arreos
tan rebuen mozo de veras,

que arrastra en pos las miradas
de casi todas las hembras,

al mover con el desgaire
propio de andaluza tierra

los pliegues de la *pañosa*
que sobre los hombros lleva.

Del padrino va escuchando
cosas que deben ser buenas

según la cara de pascua

que pone el truhán oyéndolas;

y ¡mire usted qué demonio!
cual si fuera una doncella,
se le va *subiendo el pavo*
cuando á ciertos puntos llega.

Así, entre veras y burlas
tan picantes como aÑejas,
que unos despiden con zumba
y otros con gracia contestan.

alegre, si bien devoto,
entra el cortejo en la iglesia,
tan limpia y tan adornada
como en días de gran fiesta;

pues siendo el padrino dueño
de grande y muy rica hacienda,
juró casar á los novios
con toda magnificencia,
gastando pródigamente
plata y oro á manos llenas.

El altar mayor del templo
luce, encendidas, mil velas;

los monagos, ropa limpia;

el párroco, capa nueva;

y porque todo en la boda

más galán y alegre sea,

hasta la célebre epístola

parece menos severa.

Con voz pausada y solemne,

que voz del cielo semeja,

va el viejo cura leyendo

las cosas que son de regla,

en un latín tan extraño

que el demonio que lo entienda.

Mascullando allá entre dientes

el sacristán le contesta,

y atiende á la desposada

más de lo que alguien quisiera;

con lo que se va ganando,

para al salir de la iglesia,

dos soberbios pescozones

ó un puntillón de primera.

Todos á Pascuala miran

con curiosidad extrema,
por ver *la cara que pone*
cuando llegue el caso; y ella,

que siente sobre su rostro
los cien ojos que la observan,
se va poniendo encendida
lo mismo que una cereza,

y tan turbada y confusa
que como un junquillo tiembla.

Y ya en el supremo instante
de preguntas y respuestas

que unen por siempre á dos almas
y en lazo de amor aprietan,

pronuncia un «sí» tan sonoro
que se oye en toda la iglesia,

mientras el curso reprime
de dos silenciosas perlas
que ella no sabe decirse
si son de dicha ó de pena.

Un «¡Dios os haga felices!»
que de fijo *arriba* llega,

señala á los circunstantes
el camino de la puerta.

Lloran las madres de entrambos,
todos del caso se alegran,
y hay quien actos semejantes
con cierto placer recuerda.

Presurosos los monagos
van apagando las velas,
y asaltan, pidiendo albricias,
al padrino, que les deja
dos pesos entre las uñas,
con lo que saltan y bregan
dando vivas á los novios
hasta quedarse sin fuerzas.

Y con la misma alegría
con que entraron en la iglesia
salen todos, produciendo
como zumbiar de colmena.

IV.

Después, en una salita
de la casa de los nuevos
esposos, que está adornada
con un cuidadoso esmero,
parientes y convidados
van á dar aire á los cuerpos,
terminando así la noche
con jolgorio y bailoteo.

De un gran velón de Lucena
colgado cerca del techo,
la luz en torno reparten
los encendidos mecheros,
que si alumbran vivamente
con sus rojizos destellos,

también sendos lamparones
regalan al mismo tiempo.

En las paredes, que brillan
enjalbegadas de nuevo,
cornucopias y retratos,
flores, estampas y lienzos,
cuelgan á trechos muy cortos
sin orden y sin concierto,
dando á la modesta sala
de baratillo el aspecto.

Y al fondo, sobre una mesa
que casi ocupa el testero,
en bandejas y azafates
simétricamente puestos,
almibares y conservas,
piñonate y caramelos,
se llevan tras sí los ojos
de chicuelas y arrapiezos,
que por temor á una zurra
miran con cierto respeto
cosas que, á serles posible,

trataran sin miramiento;
 con que así callan y observan,
 y solo con gran misterio
 se dicen unos á otros:

—¡Contra, si debe estar güeno!—

Al sonar de una guitarra
 á *quien hace hablar* su dueño,
 cinco garridas parejas
 van los compases siguiendo

del animado fandango,
 que enloquece los cerebros
 con los cambios y las vueltas,
 y aquel moverse sin freno,

que trastorna á quien lo mira
 y hace sudar en invierno;
 en tanto que unos y otros,
 mientras dura el fandanguero,

cantan coplas alusivas
 que rebozan en salero,
 y hacen ponerse á la novia
 del color de los pimientos.

De la alcoba á la cocina,
de la cocina al granero
van y vienen los curiosos,
mil comentarios haciendo,
y elogiando cuanto miran
y envidiando todo aquello;
y la jóven desposada
que escucha tales extremos,
se siente tan orgullosa
que revienta de contento.

Con el calor del aloque
ya templados los cerebros,
la animación y la bulla
van poco á poco creciendo,
y empiezan las cuchufletas
que sufre el novio á despecho
con la sonrisa en los labios
por no parecer grosero.

Todos hablan, todos rien
y brindan al mismo tiempo,
moviendo tal batahola,

tal confusión, tal estruendo,

que más que sala parece
la habitación un infierno,
que los chicos aprovechan,
roto del temor el freno,
para hacer riza en pasteles
y almendras y caramelos.

Así, de buena manera,
sin disgustos, sin tropiezos,
ni ofensas desenterrando,
ni rencores removiendo,
van pasando la velada
alegres y satisfechos,
hasta que dan las iglesias
el toque de cobre-fuego.

Cada cual entonces busca
su pareja y su sombrero,
y con pesar mal oculto
van de la casa saliendo.

Y al desear á los novios
felicidades sin cuento,

se llevan de aquella noche
grato y perenne recuerdo.

Después, tan solo se escucha
de la noche en el silencio
el paso igual de las rondas,
el canto de los serenos,
y de dos séres que se aman
los ardientes juramentos.

OGAÑO.

En uno de aquellos cármenes
de la ribera del Darro,
que por su rara belleza
son de Granada el encanto,
y hacen de ella el paraíso
que aún lloran los mahometanos;
allá, en las avellaneras,
que brindan sombra y regalo,
donde es el aire más puro
y el ambiente es menos cálido,
y el ruiseñor hace gala
de sus trinos más preciados,
hasta unas doce parejas

de modestos artesanos
 se esparcen alegremente,
 dando treguas al descanso,
 mientras sazonan la huelga
 con arroz y vino blanco.

Es que celebran la boda
 de la graciosa Milagros,
 la muchacha más bonita,
 de más *trapío* y más garbo

que los nacidos conocen
 en el Albaicín de ogaño;
 la que tiene aquellos ojos
 grandes, negros, africanos,

y aquel andar tan resuelto,
 y aquel hablar tan gitano,
 y aquellas manos tan libres
 para repartir sopapos,

que son causa suficiente
 para marear á un santo,
 sin que silicios le valgan,
 rezos, ni disciplinazos.

Cien galanes, codiciosos
del caudal de sus encantos,
rondáronla noche y día
calle arriba, calle abajo,

unos con fines muy buenos
y otros con fines muy malos,
sin conseguir otra cosa
que altiveces y descaros,

y recogiendo desdenes
donde ternuras sembraron;
mientras gozaba el cariño
de aquel corazón tan bravo

el hombre á quien ella pronto
diera ante el altar la mano.

Y aunque, con pena ó sin ella,
todos el fallo acataron

dejando la calle limpia
de moscones y de zánganos,
alguien hubo, rencoroso,
que juró para su sayo

tomar venganza cumplida

del desdén de la Milagros,
y hacer suya su hermosura
por fuerza, si no de grado;

mas como á nadie dijera
propósitos tan menguados,
ni mostrase sus rencores
con palabras ni con actos,

pasó el tiempo y llegó el día
que los amantes fijaron
para darse ante la Iglesia
corazón, palabra y mano,

sin que ocurriera á ninguno
pensar que aquel calandrajo
pudiera aguar de la fiesta
la alegría y el encanto.

Y así, todos se divierten,
y va la tarde pasando
sin que el más leve disgusto
descomponga el bello cuadro.

Unos allá junto al río,
de caudal asaz escaso,

con gran presteza recogen
 el fruto aún no sazonado

que, oscilando al viento, pende
 de los frescos avellanos,

y lo ofrecen á la novia,
 que les acepta el regalo

con la sonrisa más dulce
 que dibujaron sus labios.

Otros, detrás de una bota
 casi llena de lo rancio,

andan que beben los vientos
 por quitarla de los brazos

de un jayán, que la defiende
 á pellizcos y á sopapos,

hasta que al fin la conquistan
 y la dejan *tiritando*.

Hay quien convertido en cuba
 yace en profundo letargo,

sin que sales ni potingues
 basten á despabilarlo,

y á quien, ingerto en poeta,

lo pone el vino romántico,
y anda detrás de los árboles
con otra Arcadia soñando;

mientras allá en la placeta,
que entolda un fresco emparrado,
los que están menos *piripis*
se animan con el fandango,
y alegran la despedida
graciosas coplas cantando.

Entre tanto, Andrés *el Chori*,
morisco ingerto en gitano,
que heredó de entrambas razas
lo zahareño y lo taimado,

su ruin venganza madura
contra la pobre Milagros,
bebiendo hasta embrutecerse
para encender los agravios.

Y aun cuando todos procuran
de su postración sacarlo,
son inútiles los ruegos,
son las súplicas en vano.

—¿Por qué no bailas. Andrés?

—Vamos, canta, gran borracho.

—Dejadme.

—Si está hecho un tronco.

—Dadle más vino.

—Dejadlo.

Ven á cantar, Andresillo,

que te lo pide Milagros.

—¿Es Milagros quien lo pide?

Pues voy allá.

—¡Bravo! ¡bravo!

Y como Andresillo canta,

lo que canta, suspirando,

que no en balde por sus venas

corre sangre de gitano,

y, según es fama, no hay

quien mejor cante en el barrio,

todos quedan silenciosos,

pendientes de aquellos labios

que agravian á la blasfemia

y avergüenzan al escándalo;

mientras que fijos sus ojos
en los ojos de Milagros,
esta sentencia de muerte
lanza Andrés, ¡casi llorando!

Con tu sangrecita
quiero emborracharme,
porque las penitas que me están ahogando
se curan con sangre.

Sin color en las mejillas,
los bellos ojos turbados,
y sintiendo el pecho presa
de la angustia y el quebranto,
quedó la niña un instante,
fria, inmóvil como el mármol,
al escuchar su desdicha
en las frases del gitano,
hasta que rodó por tierra
como herida por un rayo,
fija la vista en su esposo,
su protección demandando.

De pronto un ¡ay! lastimero,
de muerte triste presagio,
se escucha dentro del corro,
que huye de allí horrorizado.

y álzase grave, imponente,
con la navaja en la mano,
la figura del esposo
de la inocente Milagros;

mientras que tinto en su sangre
yace á sus piés el gitano,
que entrega el alma á despecho
maldiciendo y blasfemando.

Resúmen: mucha alegría
que al fin se resuelve en llanto:
un bribón más á la fosa,
y á presidio un hombre honrado.

FIN.

